

Del Dogma del Mercado a la Realidad del Agro

Alfredo Acle Tomasini©

Pensar que la apertura total, será el acicate que haga al sector agropecuario capaz de competir con éxito frente los productos extranjeros, es un supuesto tan cándido como sería asumir que sus problemas se remediarían mediante la exportación de montañas y la importación de ríos.

Pero, más grave aún, es imaginar que todo se limita a una cuestión de competitividad, cuando la falta de ésta, lo que en verdad presagia, son problemas de gobernabilidad y de seguridad.

Analizar el impacto de la apertura comercial en el sector agropecuario, a partir del mismo enfoque que se utiliza en el caso de los sectores industrial y de servicios es un error grave, pues implica ignorar las diferencias abismales que existen entre ellos y, correr el riesgo de acometer acciones precipitadas como fue su incorporación al TLC.

A diferencia de la relación contractual, que media entre un obrero y la empresa donde éste presta sus servicios, el vínculo del campesino con su tierra tiene, no sólo una naturaleza distinta, sino que es mucho más profundo y complejo.

Así, como en ella se enraízan las semillas que siembra, así también en ella, él desarrolla las suyas propias, como lo hicieron aquellos que le precedieron y como quizá lo hagan, quiénes le sucedan.

En el campo, la familia, la vida de la comunidad y la tierra son partes de un mismo todo. Atentar contra la estabilidad de este triángulo es jugar con fuego y, en el extremo, es tentar a la muerte.

En nuestro país, por desgracia, nos sobran ejemplos donde más ha podido la sangre que la razón. No olvidemos que la naturaleza de la Revolución Mexicana fue netamente agraria y, que por eso mismo, se manifestó con diferente intensidad a lo largo del territorio.

Pero esas singularidades del sector agropecuario no son privativas de México. Por ello es que en muchos países desarrollados lo subsidian, porque saben que la aplicación a ultranza de la economía de mercado, conduciría a situaciones sociales y políticas que serían complejas de resolver y, que además, se manifestarían en regiones específicas, pues en muchas partes de su geografía, no hay más alternativa que la siembra, la cría o la pesca.

Los japoneses saben lo que pasaría en muchas regiones de su país si dejaran entrar al arroz americano; los europeos son conscientes del impacto regional que tendría el retiro de los subsidios a productos lácteos, al vino y a las actividades pecuarias y pesqueras; los americanos, en especial sus políticos, tienen claro que el seguro de vida de su sector agropecuario es el estado y, pese a su creencia en la economía de mercado, no tienen empacho en proponer y aprobar subsidios y, en aceptar la asunción de deudas impagables.

Ellos saben lo que no hemos querido entender. Ante la apertura comercial un industrial tiene la posibilidad de invertir y modificar su proceso productivo; en cambio el campesino de tierras de baja y media calidad no tiene esa alternativa; él no puede cambiar la orografía, la hidrología, la composición de sus suelos ni la lejanía con los centros de consumo.

Ante la apertura, un obrero que pierde su empleo, puede, en la gran mayoría de los casos, optar por otras alternativas en su lugar de residencia. Por el contrario, un campesino desplazado por la importación de productos, no sólo se queda sin trabajo sino que el valor de su patrimonio familiar se reduce a cero, como también el de la comunidad de la que forma parte. En esta quiebra colectiva se fragua la migración, la ilegalidad y la inseguridad. No nos hagamos tontos, estos tres fenómenos se han acentuado en la medida que el neoliberalismo ha llegado al campo.

Pero lo curioso, es que el destino final de los subsidios otorgados por distintos países a sus productos agropecuarios, no son sus productores sino los consumidores de las naciones adónde son exportados.

Así en México ocurre un hecho paradójico; mientras los grupos de ingresos altos y medios disfrutan de esos subsidios, los productores locales, donde se concentran las familias de menores ingresos, incluyendo los de pobreza extrema, no tienen acceso a los apoyos fiscales que necesitan, no tanto para permanecer en el mercado, sino para sobrevivir.

De qué nos sirve disfrutar de productos importados, a sabiendas de lo que sacia nuestros antojos hace más miserables a nuestros campesinos; de qué nos sirve un Tratado para el que éstos no existen; de qué nos sirve, a unos cuantos, tener probadas del primer mundo, mientras que la mayoría sólo lo mira de lejos; de qué nos sirve....

El Financiero
2 de Diciembre del 2002